

MATURANA

(DOÑA VICENTA).

Doña Vicenta Maturana y Vazquez, hija del mariscal de campo don Vicente Maturana y Altemir, caballero del orden de Calatrava, director general de artillería, y de doña Manuela Vazquez, naturales de Madrid, nació en Cádiz el 6 de julio de 1793. A la edad de cuatro años pasó á Madrid, donde fué educada segun lo permitian las circunstancias de aquella época, y por cosa extraordinaria aprendió el francés y el dibujo. No tenia aun nueve años cuando ya hacia versos, pero sin estudio, y solo como por disposicion natural, y esta misma que pudo haberse desarrollado entonces, fué contrarrestada por ese fatal prurito, de que aun queda algo en E-paña, de ridiculizar á las mugeres que por su talento é instruccion salen de la esfera comun, en general sobradamente ignorante. En Sevilla, adonde pasó con sus padres en 1807, prosiguió la *Térsicoris del Betis* (que este nombre le daban sus apasionados á causa de su ligereza y singular gracia en el baile) cultivando en secreto sus felices disposiciones para la poesía, pudiendo decirse, que á sí sola, á su aplicacion y á sus bien elegidas lecturas, ha debido nuestra apreciable poetisa las buenas calidades que los inteligentes reconocen en sus escritos.

Habiendo perdido á su padre en la guerra de la independencia, emigró á Portugal con su madre, que á los seis meses pagó tambien á la naturaleza el fatal tributo, de manera que quedó en una tierna edad, huérfana y emigrada en un pais extraño, sin mas apoyo que el de una tia sexagenaria que la acompañó despues á Cádiz, donde obtuvo en 1811 una pension vitalicia por los méritos de su padre, á mas de la de su empleo. En 1816 entró de camarista de S. M. la reina, cuyo destino desempeñó hasta 1820 en que se casó con el coronel don Joaquin María Gutierrez Perez Galvez, oficial de la secretaría de la guerra, muerto en Perigueux el 1º de octubre de 1838. En 1825 publicó sin su nombre una novela titulada *Teodoro ó el Huérfano agradecido*; en 1829 una pequeña coleccion de poesías, que solo dió á la prensa para desvanecer una intriga cortesana que se le tendió con el objeto de privarla del particular favor de la reina doña María Josefá Amalia, suponiéndola autora de los versos que hacia la reina, lo que era falso, pues S. M. los componia fácilmente, limitándose á consultarlos con la señora Maturana.

En el mismo año publicó una novelita titulada *Sofía y Enrique*; y en 1838, el poema en prosa titulado *el Himno á la luna*. Ha publicado ademas algunos otros pequeños folletos en prosa y verso de

que no harémos particular mencion por considerarlos su misma autora como distracciones ó meros desahogos de las amarguras que le han prodigado las desgracias de la patria, hasta el punto de traerla á su triste posicion actual, en un pais extranjero y rodeada de una numerosa familia.

Fragmentos del

HIMNO A LA LUNA.

I.

.....Pero, ¿porqué un velo sombrío rodea mi lira? Luna refulgente, antorcha de la noche, enviame uno de tus rayos plateados, presenta á mi mente imágenes gratas y consoladoras: conduce mis pasos hácia la cabaña desconocida, desde cuyo pajizo techo parece llamarme el grito monótono del ave de Minerva. Junto á su puerta escucho murmurar el manso arroyuelo que corre chocando contra las blancas guijas que se oponen á su curso, y á cuyo traves se desliza regando la fresca yerba que crece á sus orillas; su curso es tan pacífico é inalterable como el de la vida del anciano que la habita, y que descubro sentado á su rústica puerta: sus blancos cabellos se agitan con el soplo jugueton de los céfiros nocturnos, y tu resplandor, ¡ó Febea! hace brillar su cabeza calva, que se inclina sobre el pecho, agoviada con el peso de los años. ¡Anciano respetable! tú no eres un sabio consumido entre los graves estudios; tú no eres un guerrero cubierto de sangrientos laureles, pero un hombre benéfico y virtuoso. Tu pobre morada fué siempre el asilo del triste y del necesitado con el que partiste gozoso tu escasa fortuna; tú no viste una lágrima sin enjugarla, ni supiste un dolor sin esforzarte á mitigarle. La rectitud de tu juicio, la incorruptible firmeza de tu alma, te han hecho sin pretenderlo el juez de tu aldea y el árbitro de todas las querellas: la esposa desconsolada por la pasajera inconstancia de un esposo adorado, aprendió de tí la dulce tolerancia, las atenciones cariñosas, el perdon generoso, que volvió á sus brazos un esposo arrepentido: los tiernos amantes á quienes el interes, ó un necio capricho de sus familias iba á separar y á hacer desgraciados para siempre, te deben su dicha, y las palabras persuasivas, las enérgicas reflexiones, que ablandaron unos padres ostinados, ó reconciliaron dos familias divididas: en fin, el anciano afligido, la matrona desolada por la pérdida de un hijo que era su apoyo y su esperanza, han debido á tu sencilla y persuasiva elocuencia el ver correr sus lágrimas con menos amargura. Ochenta veces has visto, ¡ó Luna! sucederse las rosas de la primavera, las espigas y frutos del estio y otoño y los ateridos hielos del invierno, desde que este anciano respetable camina sobre la tierra, sembrando consuelos y benefi-

cios, y ofreciendo el modelo de todas las virtudes. Su vida desconocida pasa como la corriente de los rios colocados en una isla desierta, que solo derraman la abundancia para bien de las aves que viven en sus márgenes ignoradas y fecundas. Tu nombre, anciano respetable, no pasará á las generaciones futuras, el mármol no presentará tu imágen; pero el Ser supremo te dirige desde el firmamento una mirada benévola, su reflejo divino esparce sobre tu modesto albergue la claridad de los cielos, el aura de paz y de contento le rodean; y tú con las tres generaciones que te deben la existencia, y que son la gloria y la delicia de tu ancianidad, eres feliz en medio de la doméstica dicha y de la modesta virtud.

Pero ¿qué sonido hiere mi oído atento, y viene á interrumpir mis reflexiones? La flauta de un zagal se escucha al pie de la colina, repetida á lo lejos debilmente por un eco. Sentada al pie de esta encina, en cuyo tronco se apoya mi cabeza, me detendré á escucharla, y mis ojos adormecidos con grata molicie, creerán descubrir á Pan tocando su caramillo, y á las ninfas del bosque acudir á formar graciosas danzas. Ya creo descubrirlas al pie de una roca cubierta de musgo, y de la que se precipita una fuente bulliciosa formando blancas espumas, atentas á los suaves acentos que forma el dios campestre, enlazar sus manos torneadas y con pie mas ligero que el aura, recorrer con acordes y cadenciosos movimientos la pradera, cuya menuda yerba apenas huellan, hasta que una tropa de faunos acudiendo presurosos y mezclándose á la danza que desordenan, une sus descompasados saltos, sus movimientos grotescos, y sus risas estrepitosas á los movimientos graciosos, á las ligeras vueltas, y á las malignas sonrisas de sus bellas compañeras. Tambien un sátiro con pie velloso se asoma á la entrada de su rústica gruta, y estendiendo los brazos perezosos, quiere asir á la ninfa mas cercana, que deslizándose con presto movimiento, le evita y huye á mezclarse con sus graciosas compañeras, mientras el sátiro burlado jura la venganza, cuando la ninfa descuidada se abandone al sueño en la floresta.

Tambien á tí, ¡ó Diana! creo verte tocando con un ramo de adormideras las sienas del amable Endimion, cuyos ojos, cansados de fijarse en tu disco, se cierran bajo la influencia de Morfeo, para recibir tus misteriosas caricias. Semejante, ¡bella Diosa! á la vestal herida por el dios de Citeres, que, abandonando el fuego sagrado, va á comprar á precio de la vida una caricia, tú te cubres de un velo de celages, y dejando el argentado carro que tus ciervos fieles conducen por si solos en el estrellado firmamento, bajas á la selva sombría donde reposa el amable objeto de tu ternura, que goza en medio de las ilusiones del sueño los halagos de una deidad.

¡O Luna! mi lira se detiene: yo la consagré desde mi infancia sobre el altar de la modestia, jamas sus ecos voluptuosos harán brotar sobre un rostro inocente las rosas del pudor; así, no temas que revele á los mortales los amorosos secretos que tú les ocultas

con el doble velo de la noche y del misterio. Tambien el eco grato de la flauta que me adormecía, ha cesado, y mis ojos al abrirse han visto desvanecerse todas las risueñas imágenes que me embelaban, así como al reflejo de la verdad se disipan mil veces todos los encantos de la vida.

 II.

¡Cuántos delitos, cuántos delirios, ha abortado la razon humana abandonada á si misma, y exaltada por las pasiones y por los extravíos de su idea! En las riberas del caudaloso Nilo, el ilustrado egipcio dobla la rodilla ante la vaca mugidora, y ofrece incienso al espantoso cocodrilo, y el sangriento Odin recibe culto del escandinavo feroz. Los vicios mas vergonzosos son divinizados en la Grecia y á las orillas del Orinoco, ó bien en las abrasadas costas de la Nubia: una piedra informe, un tronco groseramente esculpido, es el fetiche ó el minuta ante el cual el indio inculto ó el africano indolente se postran con estúpido respeto. Solo entre tantos errores parece el mas discupable el del hombre que deslumbrado á la vista del sol y de los astros les dobló la rodilla, y tomó estas obras maravillosas de la potente diestra del Hacedor supremo por la misma Divinidad. Entre todos tú, ¡ó Luna! como la mas bella, como la mas resplandeciente y benéfica despues del sol, recibiste mas particular culto, viendo erigirse en tu honor los soberbios templos de Efeso y de Epidauro, con otros infinitos que son un testimonio de su reconocimiento á tus beneficios y al influjo que ejerces sobre las plantas y los frutos de la tierra. Quizás llegará el dia en que estendidos mas y mas con la perseverancia y el estudio, los conocimientos humanos, se nos revele el modo con que tus emanaciones atraen y diversifican los jugos de la tierra; como, circulando por los árboles y las plantas, así como por el secreto seno de las minas, haces brotar la flor brillante y aromática que encanta nuestra vista y recrea nuestro olfato; cómo completas el desarrollo y madurez de la fruta sazónada y deliciosa que satisface nuestro paladar con tan variados sabores; como, en fin, endureces los metales y las piedras brillantes, objetos de la codicia y anhelos del hombre. Tal vez, tambien, llegaremos á conocer si es un rayo de luna el que hace amar á la palmera, que balanceando sus flexibles ramas, parece saludar al compañero, sin cuya inmediatecion permaneceria esteril, y privada de los racimos de dorados dátiles que caen suspendidos al rededor de su elevado y airoso tronco; ó bien si á sus órdenes los céfiros recorren las praderas, llevando en sus alas invisibles el polvillo fecundo, que pasa de unas flores á otras, haciéndolas que se reproduzcan, ó bien las pequeñas semillas que van á cubrir de verdor un paraje lejano del que las produjo. Sobrado sabemos ya del poder de la luna, para

que el diestro jardinero y el labrador activo consulten su cambiante faz para elegir el momento de sus trabajos, que confían á su influjo, mientras el sol alumbra otro horizonte. También varias flores quieren, hermosa Febea, brillar para tí sola. Miralas como permanecen cerradas, hasta que al acercarse la noche abren su caliz, cuyos bellos matices te muestran, plegándose con presteza al presentarse en el Oriente los primeros rayos del día.

También el ruiseñor melodioso, ese Orfeo de los bosques, consagra con preferencia sus cantos á la luna. Si medio oculto en el follage descubre en medio de la noche tu plateada faz por entre las trémulas hojas, que con susurro blando parecen hacer un coro á sus brillantes trinos, su voz se eleva, torrentes de armonía parten de su pico torneado, y embelesado en sus propios conciertos, parece se empeña en superar con nuevos trinos, los que acaban de parecer inimitables; las aves todas enmudecidas y cediéndole la palma, le escuchan silenciosas, hasta que como si fuese propiedad del mérito el ser sofocado por la envidia y la ignorancia, la ronca y monótona voz de la rana viene á mezclarse á sus cantos embelesadores, logrando que ofendido de tan importuna competencia, enmudezca y se aleje, dejando el campo á su despreciable rival, que envanecida, juzgando un triunfo el que es solo signo de desprecio, une su voz á las de sus cenagosas compañeras, aturdiendo el bosque con sus ecos de victoria.

POESÍAS.

I.

ROMANCE.

(Sacado de Sofía y Enrique.)

Orillas del fresco Darro,	» Y el no poder los trofeos
El noble Velid suspira,	» Suspende en la mezquita
Y apoyándose en la lanza,	» Ganados por este acero,
Suelta al caballo la brida;	» Cual antes los suspendía.
Y dejándole que paste,	» Permita Alá que no llegue
Vuelve á Granada la vista,	» Para tí el amargo día,
Fijando en sus altas torres	» Que en defensa de tus muros
Miradas enternecidas.	» Sea mi sangre precisa.
Sin cesar de contemplarla,	» Que mal sabrán guarecerte
« A Dios, cara patria mía,	» De la cristiana osadía
» La dice, pues me destierran	» Los cobardes que al valiente
» De tí, sin razon y envidia.	» Van preparando su ruina. »
» De mis émulos no siento	Calló Velid, y llamando
» Las calumnias ni malicia,	Al caballo que pacia,
» Sino que de defenderte	Saltó encima, y se dirige
» La grata ocasion me quitan,	A la costa de Almería.

II.

LA MENSAGERA.

Conduce, palomita,	Esperé á que pasase
En tu piquillo bello	Para dársela á él mesmo;
Esta fragante rosa	Mas, dile que burlado
A mi amigo Fileno:	Se quedó mi deseo,
Dile que esta mañana	Puesto que en todo el día
Capullo medio abierto	No hé conseguido el verlo;
La corté, y que sus hojas	Y ya que á la cabaña
Las desplegó en mi seno:	Con mis corderos vuelvo,
Dile que largo rato	Por tí, linda paloma,
Sentada en el sendero,	Enviársela quiero.

III.

LA DESESPERACION.

ELEGÍA.

No deseo la luz del claro día,
Ni escuchar al romper la fresca aurora
De las aves la dulce melodía:
Que no las galas con que alegre Flora
Las risueñas praderas engalana,
Disipan el pesar que me devora.
Solo busco en la selva mas lejana
Tétrico albergue, asilo tenebroso,
No pisado jamas de huella humana.
Y quiero de la noche en el reposo
Escuchar como el buho se lamenta
Con grito repetido y lastimoso.
Quiero que al cielo cubra la tormenta,
Y el huracan que silbe en la espesura,
Con la furia mas rápida y violenta.
Que al mirar combatida la natura
Parece que se templan mis dolores,
Y encuentro alguna misera dulzura.
Soy cual barquilla espuesta á los rigores
Del irritado mar, cuando le agita
El soplo de los vientos bramadores,
Y al abismo, veloz me precipita
El encono cruel con que la suerte
Tiene mi ruina y perdicion escrita.
Que no hay constancia que dolor tan fuerte
Resistir pueda, y toda mi esperanza
Se cifra en el sepulcro y en la muerte,
Que allí el imperio del dolor no alcanza.

IV.

EL RUEGO.

SONETO.

Cuando guiado del honor ardiente,
Al combate camines animoso,
Y obligando al caballo belicoso,
Te arrojes al peligro ciegamente;

Cuando rompiendo la enemiga gente
Huya en confuso bando temeroso,
Y debas á tu acero victorioso
El sublime renombre de valiente;

Cuando tu vista anime, y el soldado
Al contemplar tu ardor, el suyo aumente,
Despreciando la muerte denodado,

Moderá tu valor, y al occidente
Vueltos los ojos, del amor guiado,
Allí recuerda á tu Delina ausente.

V.

LA INDIFERENCIA POR TODO.

LETRILLA.

Si Doris ama, y lo encubre Tan modesta como hermosa; Si se muestra desdeñosa Y el amor guarda en su pecho: Buen provecho.	Si otro ostenta su linage, Blasona casa arraigada, Cuando ayer dejó la azada Y de sembrar su barbecho; Buen provecho.
---	---

Si un necio sin conocerse, Charla y raja muy ufano, Y no yéndole á la mano, Queda de sí satisfecho; Buen provecho.	Si otro nene, conocido Por su conducta galante, Se convierte en un instante En santurrón contrahecho: Buen provecho.
--	--

Si Fabio se da importancia, Hablando aparte y callado, Y con los hombres de estado, Aparenta un lazo estrecho; Buen provecho.	Si en fin, el que es un gallina, Nos emboca una proeza, Y nos rompió la cabeza, Con un mentirón deshecho: Buen provecho.
---	--

VI.

LA MURMURACION.

SÁTIRA.

¿Por qué condenas el sistema mio,
Y que un rincón ocupe silenciosa?

Déjame, si del trato me desvíó;
Yo no quiero la plaza de chistosa,
Ni destrozar con sátira maldita,
Otra mas estimada, ó mas hermosa.
Y, ¿cómo sostenerse una visita,
Sin hablar del cortejo de fulana,
O de un desliz que la opinion marchita?
¿Cómo ver el vestido de zutana,
Sin añadir le cuesta á su marido,
Dinero no, si cosa mas liviana?
¿Cómo hallar un asunto divertido,
Sin añadir que Fabio puso coche,
Por el favor ó empleo que ha vendido?
Sin rajár, sin morder á troche y moche
En la opinion agena, ¿quién habia
De estar sin hostezar toda una noche?
No basta discutir la frulsería
Mas insípida y necia, y hablar mucho
Sobre alguna solemne tontería;
Es preciso lucirlo, estando ducho
En la crónica vil y escandalosa;
De este asunto charlar, ¿á quién no escucho?
Sino, mira á la dama melindrosá,
De la amiga que jurá mas estima,
Como la oculta falta, vender osa,
Y haciendo se lamenta ó se lastima
Del error, que sin ella se ignorara,
La sentada opinion destruye y limá.
Una suerte felice disfrutara
Silvia modesta en plácido himeneo,
Si por despique, un vil no la injuriara;
Pero á veces, de un títere el recreo,
Es publicar favores que no obtiene,
Haciéndose de hermosas corifeo.
A la mordacidad, ya, ¿qué contiene?
Ni respeta el severo magistrado,
Ni el militar ilustre la detiene:
Del primero los fallos ha comprado
El corruptor dinero, segun dice,
El que jamas la ley ha saludado;
Del segundo la fama contradice
Otro, y le llama tímido ignorante,
Aunque verde laurel le immortalice;
¿Y si publica un sabio la brillante
Produccion de su ingenio y sus tareas?
¿Qué gazapera se arma en el instante!

Una tropa de furias, con sus teas,
 Parecen los llamados literatos;
 Oyelos, y es preciso que me creas:
 Del pobre sabio los ocultos tratos
 Salen á relucir, y á la palestra,
 Si fué su padre noble ó pelagatos;
 Y cuando el fruto de su pluma diestra
 No se encuentre al alcance de la envidia,
 La flaqueza del hombre se nos muestra:
 No importa que no tenga analogía
 La conducta privada y el talento,
 Si solo hay de morderle la manía.
 ¿Ves aquel personage macilento,
 Mas que un mochuelo, cejijunto y grave?
 Pues tambien zaherir es su alimento.
 De los ministros los secretos sabe,
 Y su cáustica lengua, del estado
 Quiere guiar la procelosa nave;
 Y en este punto charlatan eterno,
 Juzgándose político profundo,
 Pasa las noches del sañudo invierno.
 No pienses que los años, ni del mundo
 El mucho trato, presten tolerancia,
 Sin condenar de un modo tan rotundo,
 Que la grave y severa doña Engracia,
 Aunque fué, cuando jóven, muy coqueta,
 Emplea en criticar toda eficacia,
 Y teniendo á la cola la maleta
 De cincuenta ó sesenta Navidades,
 Ni aprendió á disculpar, ni á ser discreta.
 Así, de mi sistema no te enfades;
 Mas me vale meterme en huronera,
 Que rabiarse ó decir mil sequedades.
 Que el vicio en general se combatiera,
 Que el escándalo indigno se atacase,
 Justo, loable y conveniente fuera:
 Mas, la persona que se respetase,
 Y mucho mas, que la calumnia impía
 A el mérito y virtud no se lanzase.
 La sociedad entonces, brillaria
 Sin temblarse al entrar en una sala,
 Mas que al tomarse alguna batería:
 Pero haciéndose chiste, gracia y gala,
 De empezar por el gorro y el vestido,
 Y acabar por la fama buena ó mala,
 Del trato y sociedades me despido.

MAURY

(DON JUAN MARÍA).

Nació en Málaga; fueron sus padres don Juan Bautista Maury, del comercio marítimo de aquella ciudad, que adquirió celebridad en su carrera, y doña María Benitez de Castañeda, señora granadina. Estudió en Francia y completó su educacion en Inglaterra; ha visitado la Italia y residido mayormente en Paris. Es caballero de la órden de Carlos III, y honorario de la Academia española.

No ha publicado este poeta, salvo alguna rara escepcion, los versos de su juventud.

Imprimió en Madrid, el año 1806, un canto épico intitulado la *Agresion Británica*; en que señaló la crítica de aquella época, mucha gala de ingenio, acaso escesiva, y brillante versificación.

En los años de 1826 y 1827, dió á luz en Paris, su obra francesa, la *Espagne Poétique*: coleccion de poesías escogidas castellanas, traducidas en verso frances; acompañadas con disertaciones analíticas, y artículos biográficos, históricos y literarios. Fué acreditada esta produccion de un extranjero por la aceptacion general de la prensa periódica parisiense; alabándose en ella, ya la disposicion, ya el desempeño, en sus diferentes partes. Acogiola tambien con aplauso, y aun agradecimiento, nuestro público ilustrado.

Ahora acaba de salir, impreso tambien en Paris, con el título de *Espero y Almedora*, el poema español, en doce cantos, que anunciaba la dedicatoria de la *Espagne Poétique*.

No deja de parecer particularidad notable, ser calificado el mismo sujeto como escritor frances en verso y prosa; y lucirse en la poesía castellana, con la maestría que denotan las muestras que vamos á insertar.

DISCURSO

Que pronunció en la Real Academia española, el dia de su recepcion.

Lleno de satisfaccion y reconocimiento por verme en este recinto, principiaré tributando á la real Academia, que se ha dignado admitirme en su gremio ilustre, las mas sinceras como rendidas gracias. Disfrutaré en seguida, no menos gustoso, la primer prerogativa de la merced que me ha dispensado, y la pido venia para ocupar su atencion superior con algunas ideas mias literarias.